

MANUEL MOLLA RUIZ-GOMEZ*

LA IMAGEN DE IBEROAMERICA EN LOS MANUALES DE GEOGRAFIA**

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

La imagen del continente iberoamericano ha ido modificándose en la literatura geográfica a través de las distintas interpretaciones realizadas en los manuales de Geografía. En los últimos cincuenta años este cambio ha sido muy evidente con la ruptura que se produce entre los manuales clásicos y los inspirados en los economistas marxistas, especialmente en los que trabajaron en las teorías del subdesarrollo.

* * *

L'image de l'Amérique ibérique dans les manuels de Géographie.- L'image du continent latino-américain a subi progressivement quelques modifications dans la littérature géographique en raison des différentes interprétations réalisées dans les manuels de Géographie. Pendant les dernières cinquante années, ce changement a été très évident étant donnée la rupture qui se produit entre les manuels classiques et ceux qui sont inspirés par les économistes marxistes, spécialement en ce qui se rapporte les théories du sous-développement.

* * *

The image of Latin America in Geography handbooks.- The image of the continent has absolutely changed in geographical literature from different interpretations through Geography handbooks. In the last fifty years, this change has been very important between classical handbooks and those whose inspiration comes from Marxist Economists, specially from authors who have written about development-underdevelopment theories.

PALABRAS CLAVE: Manual, Geografía regional, Geografía radical, imagen de Iberoamérica.

MOTS CLÉ: Manuel, Géographie régionale, Géographie radicale, image de l'Amérique ibérique.

KEY WORDS: Handbook, Regional Geography, Radical Geography, Latinoamerican image.

Es habitual, al abrir las páginas de cualquier libro o artículo de Geografía en los que se analiza el devenir histórico de la disciplina, encontrar palabras poco encomiásticas, cuando no ataques directos, hacia la «Geografía descriptiva» y su expresión en los manuales. Normalmente los autores hablan de catálogos de países, enumeraciones sin criterio..., tratando de demostrar que lo hecho hasta el momento carece de interés, tergiversa los problemas o falsea la realidad de los países o regiones descritos, sin olvidar que la mera descripción está fuera de lugar y es impropia de la «Ciencia geográfica».

No es el objeto de este artículo demostrar la

utilidad o inutilidad de la Geografía descriptiva o de la Geografía regional del mundo¹ —como se prefiere denominar en la actualidad para evitar el «bochornoso» adjetivo—, sino, muy al contrario, acercarnos al fondo de algunos manuales de Geografía de Iberoamérica e intentar descubrir qué imagen del continente se ha transmitido y cómo ésta se ha ido modificando a lo largo de las últimas décadas.

Dice Oscar H. Horst que el primer objetivo en la enseñanza de la Geografía regional es crear en el alumno una construcción mental del área considerada (HORST, 1976, 25). Es evidente que todos los manuales de Geografía de Iberoamérica, consciente o inconscientemente, proyectan una determinada

* Departamento de Geografía. Universidad Autónoma de Madrid. Proyecto de Investigación AME88-0718, CICYT.

¹ De manera breve, ya me ocupé de esta cuestión en «Reflexion

sur la géographie regional du monde», *Geopoint* 88. *Ecrire de la géographie sur le monde*, Aviñón, Groupe Dupont, 1989, pp. 115-116.

imagen del continente que, si no se contrasta, va a orientar al lector en una dirección concreta —algo puramente teórico en un mundo dominado por la información audiovisual—.

La selección de manuales no es, ni mucho menos, exhaustiva, pero sí representativa de lo ocurrido en los últimos cincuenta años. Dado que se quiere presentar la imagen de Iberoamérica a través del tiempo, y no un análisis de cómo se organizan las materias en los distintos tipos de manuales, se ha mantenido el orden cronológico de publicación de los mismos.

I. LOS MANUALES «CLASICOS»

Por múltiples razones, pareció adecuado comenzar esta revisión por un manual de Geografía de América aparecido en su versión original antes de la segunda guerra mundial, pero editado en español en 1946, y que sigue unos presupuestos poco utilizados en la Geografía descriptiva del mundo, aunque su inspirador fuese alguien del prestigio de Carl O. Sauer. El autor de la obra fue Oscar Schmieder y su libro, *Geografía de América*. Es, casi con toda seguridad, el primer manual de Geografía de un continente que aplica el método regional como forma de descripción, alejándose de la habitual presentación del continente dividido en países.

En su introducción a la edición española, el geógrafo mexicano Jorge A. Vivó explica que el estudio de esa Geografía regional de América se realiza de acuerdo con «el concepto moderno de paisaje», dividiéndose en paisaje natural y paisaje cultural. Para ello reproduce los esquemas que Carl O. Sauer desarrolló en su artículo «The Morphology of Landscape», publicado en 1925. Brevemente, Sauer entiende el paisaje natural, en un área determinada, como la interrelación a lo largo del tiempo de una serie de factores físicos que conducen a unas formas específicas. El conjunto de las mismas conforma una unidad paisajística. El paisaje cultural vendría definido por la intervención temporal de un factor, la cultura, en el paisaje natural. Sobre estos dos conceptos desarrolló Oscar Schmieder su Geografía regional de América.

El propio autor reconoce que no está abriendo, con este método, nuevos caminos, pero sus buenos resultados en trabajos monográficos le animan a aplicarlo a todo un continente:

«(...) Desde hace mucho tiempo el concepto de la mutabilidad del paisaje se ha ido introduciendo en toda la ciencia geográfica moderna. En virtud de que todo cambio en la superficie de los continentes se lleva a cabo con el transcurso del tiempo, sólo un estudio del paisaje en forma histórico-evolutiva puede proporcionar conocimientos geográficos realmente profundos, a pesar de los escrúpulos teórico-metodológicos de algunos autores. En numerosas monografías, especialmente de parte de geógrafos alemanes, este método geográfico ha dado buenos resultados, de suerte que me pareció oportuno aplicarlo también

al paisaje de todo un continente.» (SCHMIEDER, 1946, 13).

Divide Schmieder el continente iberoamericano en dos grandes regiones, América Central —en donde incluye México y las Antillas, pues no considera aceptable desde una perspectiva antropogeográfica la división entre Norte y Centroamérica a partir del istmo de Tehuantepec. Es claro para este autor que hay una línea divisoria «cultural-geográfica» muy bien definida entre la América anglosajona y la latina— y América del Sur; cada una de estas dos grandes regiones formada, a su vez, por numerosas regiones paisajísticas diferentes. América Central se organiza en tres grandes áreas (México, Antillas y América Central propiamente dicha), mientras que en América del Sur parte de la diferencia entre los antiguos imperios español y portugués. En principio, el concepto nacional desaparece de la Geografía de Schmieder y no reconstruye la Geografía de los países a partir de las regiones descritas por él mismo. El hecho de que en América Central tenga un capítulo dedicado a México, no quiere decir que vaya a ofrecer una síntesis final del país, sino que constituye un conjunto geológicamente relacionado con los Estados Unidos, pero culturalmente más próximo a Centroamérica. Duda de que el istmo de Tehuantepec sea un límite geológico claro entre el norte y el centro, pero por la situación en ese momento de las investigaciones no se aventura a señalar dicho límite.

Dentro del marco clásico de los manuales de Geografía del mundo, las dos grandes áreas del continente iberoamericano están precedidas de sendas Geografías generales. En ambos casos, la Geografía general tiene un capítulo dedicado a las «bases naturales» y otro a los habitantes. En este último apartado se incluyen aspectos tales como el trazado de los poblados o la influencia europea en el paisaje indígena, caso de América Central, o la cultura y economía de los indígenas y el ritmo del desarrollo económico de América del Sur.

Tras esta visión de conjunto, Schmieder centra toda su atención en el análisis de los distintos paisajes y su evolución histórica. A partir de este punto, el esquema se mantiene prácticamente invariable en todos los paisajes que el autor descubre a lo largo del continente. En primer lugar, la morfología, en función de su historia geológica, el clima, la vegetación y los ríos; para seguir con las transformaciones que los pueblos indígenas y los conquistadores realizaron sobre el mismo. En este sentido, cabe decir que la formación de los paisajes culturales se describe fundamentalmente como una historia de la ocupación del territorio y su posterior evolución al hilo de los acontecimientos de mayor trascendencia.

«Una ciudad minera típica de los primeros tiempos coloniales es Potosí, que es el ejemplo más impresionante de toda América del Sur. Situada a una altura de 4.000 metros sobre el nivel del mar, es decir, encima del límite de toda agri-

cultura, la ciudad dependió enteramente, desde que fue fundada, de la explotación de los yacimientos metalíferos del Cerro de Potosí. Poco tiempo después de su descubrimiento, la ricas vetas de plata atrajeron a una población numerosa. La primera crisis económica, que casi puso fin a la existencia de la ciudad, sobrevino cuando comenzó a bajar la ley de los minerales a medida que avanzaba la explotación, pero el descubrimiento de los ricos yacimientos de azogue en Huancavelica (1566) hizo posible que se perfeccionaran los métodos de beneficio y que volviera a ser remuneradora la explotación. Se dice que Potosí tuvo 20.000² habitantes en los tiempos de su florecimiento, y durante un siglo fue la ciudad más grande del Nuevo Mundo. Para una población tan numerosa, los víveres y toda clase de productos tenían que acarrear desde grandes distancias. La madera, a veces enormes postes o vigas, tuvieron que ser transportados a la población desde las lejanas selvas del este por medio de cargadores indígenas (...) El aspecto de la ciudad refleja su pasado turbulento, y en especial las condiciones de vida del siglo XVI. Pero los numerosos edificios públicos, las magníficas iglesias y vastos conventos están amenazados de ruina, y en los palacios, sobre cuyos portales se ven todavía los escudos de la antigua nobleza española, viven hoy comerciantes europeos; en otras muchísimas casas no hay habitantes, y debido a la superabundancia de viviendas, nadie piensa en construir edificios modernos.» (SCHMIEDER, 1946, 776-777).

En general, de la lectura del libro de Schmieder se obtiene una primera imagen de lucha. La ocupación del paisaje fue una constante batalla del hombre contra la naturaleza y contra sí mismo. Es evidente, además, que la transformación del paisaje no es la misma en todas partes y que allí donde la naturaleza es más fuerte frente al hombre, el paisaje natural será dominante hasta la llegada de los europeos. Describiendo la región de Minas Geraes, dice Schmieder:

«En el paisaje preportugués el hombre solamente desempeñaba un papel muy secundario, porque el número de indígenas era insignificante y estos pocos vivían en un nivel cultural muy primitivo. Parece que los campos estaban por completo deshabitados, y sólo en las zonas boscosas del paisaje vivían unos cuantos indios que pertenecían al grupo de los *gês*, y que eran designados por los *tupís* de la costa con el nombre colectivo de *tapuya* o enemigo. La tribu más conocida y más importante de ellos eran los *botocudos* o *aimorés*, que no conocían los cultivos ni tenían asentamientos permanentes, viviendo como cazadores y recolectores de vegetales en los bosques del sur y sureste (...) Sus construcciones se limitaban a abrigos de la clase más primitiva; por consiguiente, es de suponer que esta gente no haya ejercido casi ninguna influencia sobre el paisaje.» (SCHMIEDER, 1946, 918-919).

En consonancia con las propuestas de Sauer para el paisaje cultural, Schmieder no cae en ningún tipo de determinismo e interpreta la mayor o menor transformación del paisaje en función de las capacidades de los pueblos. Aunque tampoco debe pensarse que este autor entiende que la vida del indígena esté en plena armonía con la naturaleza.

Porque cuando el indio tiene capacidad y conocimientos para hacerlo, el paisaje será transformado y, en ocasiones, destruido —caso de los cultivos por rozas y los problemas de erosión de suelos por la pérdida del tapiz vegetal—.

Sin embargo, es la llegada del europeo lo que realmente afectará con carácter irreversible al paisaje americano. Es, por supuesto, la parte más importante de la explicación de los paisajes, y en ella no ahorra críticas Schmieder, en especial por lo que respecta a las relaciones entre conquistador y conquistado.

«En la región de la *Huasteca* los españoles tuvieron que vencer una resistencia muy obstinada, aunque parece que el primer contacto con los *huastecas*, cerca de la desembocadura del río Pánuco (1520-1521) se llevó a cabo bajo circunstancias amistosas. Sin embargo, las crueldades de los españoles muy pronto dieron motivo a hostilidades. Después de que varias expediciones españolas habían sido derrotadas y rechazadas, Cortés en persona invadió la *Huasteca* desde el sur con un gran ejército español y numerosas fuerzas auxiliares mexicanas y tlaxcaltecas. Pero sólo después de una larga lucha pudo infligir a los *huastecas* una derrota decisiva, sin poder evitar, sin embargo, que se repitiesen en lo sucesivo las sangrientas revueltas que los españoles sofocaron siempre con gran crueldad (...) En los tiempos modernos, los *huastecas* nuevamente han sufrido grandes pérdidas por los diversos movimientos revolucionarios, y la extensión de la industria petrolera los obligó a retirarse de la costa y del río Pánuco. Los supervivientes habitan ahora en las laderas de la Sierra Madre Oriental.» (SCHMIEDER, 1946, 613-614).

La analogía y la subjetividad juegan papeles destacados en la Geografía de América de Schmieder; y debe ser así en un trabajo de valoración del paisaje, que difícilmente puede entenderse si no es descrito. Y esto es importante porque no siempre, como se verá más adelante, se va a tener una imagen «geográfica» de Iberoamérica. Tras hacer una breve historia de la ciudad de Río de Janeiro y su descripción, el autor finaliza con las palabras siguientes:

«(...) La ciudad moderna de *Río de Janeiro*, que constituye el Distrito Federal y tenía en 1944 una población de 1.846.000, yace en medio de un paisaje que presenta todavía muchos rasgos virginales, y el contraste de la resplandeciente capital con la naturaleza virgen contribuye en gran parte a hacer de la capital del Brasil la ciudad más hermosa del continente.» (SCHMIEDER, 1946, 894-895).

Aunque en las anteriores palabras de Schmieder es fácil relacionar el término paisaje con una interpretación más artística, más pictórica que geográfica, el autor tiene una idea muy precisa de la utilización de paisaje, como equivalente de región. Así, es posible leer:

«(...) Un ataque de los ingleses a Buenos Aires (1806 a 1807), que se emprendió con el fin de conquistar el paisaje de La Plata, fracasó completamente.» (SCHMIEDER, 1946, 716).

² Probablemente se trate de una errata de imprenta, ya que la población que se daba para la ciudad de Potosí en los momentos

de su máximo esplendor en el siglo XVI estaba en torno a 120.000 habitantes.

En este sentido, el estudio regional de América —en cada una de sus grandes unidades— se recoge bajo el título «Los paisajes», definiéndose habitualmente regiones naturales —«la árida Costa Occidental», «los paisajes boscosos del este» [de América del Sur]—.

La imagen de América que se desprende del libro de Schmieder se aleja bastante de las que ofrecieron otros autores de esos años o, incluso, de fechas mucho más recientes. Lo que ya resulta más complejo es valorar y decidir si, realmente, para obras de este tipo, es acertado o no utilizar el método regional en una escala tan grande. En última instancia, todas estas regiones estudiadas por Schmieder se integran en ámbitos mayores, los Estados nacionales, que son reales al margen de si comprenden regiones homogéneas o agrupan espacios bien diferenciados. Y es algo que casi se espera durante todo el libro, saber cómo esos paisajes distintos se articulan dentro del espacio definido por las fronteras nacionales, por más que muchas de ellas hayan sido objeto de conflicto durante bastante tiempo.

Frente a esta manera de representar América, el *Imago Mundi* de Manuel de Terán es un manual más clásico dentro de la tradición de la Geografía descriptiva. Si bien se ha dicho en ocasiones que los manuales realizados a partir del desarrollo del concepto de Geografía regional apenas varían en su concepción, no es cierto; y sus planteamientos y forma de explicar los países tienen poco que ver con los antiguos manuales, muchos de los cuales sí eran auténticos catálogos de naciones con sus producciones más características o las ciudades más importantes.

Si se considera el *Imago Mundi* como un manual representativo en la historia de la Geografía descriptiva de las últimas décadas, habrá que estar de acuerdo en que la idea de región se introduce con claridad, ofreciendo una imagen diferenciada de cada uno de los países objeto de estudio —a la vez que cada país se presenta como un conjunto de regiones mejor o peor ensambladas—.

El esquema de partida de Manuel de Terán es, en principio —y sólo en apariencia—, muy diferente del que realiza Schmieder, pero hay que considerar que el *Imago Mundi* es una Geografía del mundo y que en ambos planteamientos las escalas de estudio son distintas.

El estudio del continente americano se inicia con un capítulo dedicado a la Geografía general del mismo, con una historia geológica continental y el análisis de los demás elementos naturales que configuran el paisaje. La preocupación por el proceso de asentamiento a lo largo del continente surge en el momento de hablar del poblamiento y la población y cómo, a lo largo de su historia, el indígena y el conquistador van a ir transformando una naturaleza tan grandiosa como hostil:

«Es la americana una naturaleza vigorosa y monumental, conjunto de magníficas fuerzas

—dilatados espacios, ingentes montañas, caudalosos ríos, selvas y desiertos, conjunción de calor y lluvias en grandes extensiones— cuyo sometimiento y doma por el hombre exige la actuación de un efectivo humano cuantitativamente numeroso, dotado de una recia moral de combate y en posesión de una técnica de gran eficacia.» (TERAN, 1952, II, 184).

De nuevo, la primera imagen que viene de aquel continente es la de su naturaleza desbordada, a la que difícilmente el hombre se puede enfrentar con posibilidades de éxito. En estas condiciones, también explica Terán las causas del descubrimiento de una naturaleza prácticamente intacta por parte de los europeos, sólo modificada en aquellas regiones en las que la cultura indígena estaba más desarrollada.

«(...) El contingente humano era, como queda dicho, escaso, aún en los cálculos más optimistas, y la densidad de población muy débil. Enormes espacios constituían áreas totalmente o casi deshabitadas. A esta debilidad demográfica hay que añadir la insuficiencia de una cultura y técnica que no conocía el uso de la rueda, ni el arado (...) y que no disponía, aparte de la llama, de animales de tiro capaces de rendir un trabajo eficaz y prestar su ayuda para el transporte, o de animales domésticos proveedores del abono orgánico para conservar la fecundidad de la tierra cultivada. Sobre la mayor parte del suelo americano el indio no ejerció actividad alguna transformadora del medio natural, viviendo en servidumbre de la naturaleza mediante la práctica de la caza, la pesca, y la cosecha silvestre. Las regiones en las cuales se practicó la agricultura de azada o la agricultura intensiva con un sistema de riegos, fueron en el mapa de la América precolombina de muy reducida extensión.» (TERAN, 1952, II, 184).

La imagen de naturaleza virgen hasta la llegada de los europeos es casi una constante en los manuales de aquellos años, y su ocupación fue una labor casi de «héroes» que se enfrentaban a algo muy superior a lo que habían conocido hasta entonces. Se destaca ese papel sobre la idea de lucha contra pueblos hostiles a los que hay que arrebatar un territorio que apenas controlan —si bien es cierto que no se oculta cómo los conquistadores sometieron a los pueblos indígenas—. En definitiva, se transmite la idea de que la transformación del paisaje natural es un problema de evolución cultural, en la que el hombre sólo está determinado por el medio en la medida en que carece de capacidad para dominarlo.

Terán explica la ocupación europea enmarcada en su proceso histórico, sin que se produzca por ello un cambio radical en el paisaje, sino a costa de muchos años y continuas mejoras técnicas:

«La eficacia técnica [de los españoles], aunque muy superior a la del indio, no era aún suficiente para domar la brava energía de la naturaleza americana, pero los límites del paisaje humanizado se ensancharon y la humanización del medio natural se hizo más intensa y profunda.» (TERAN, 1952, II, 186-187).

Una vez más aparecen las analogías y los adjetivos que, mientras se describe, introducen criterios valorativos de aquello que se está explicando. La «naturaleza vigorosa», los «conjuntos de magníficas fuerzas», permiten al lector, por el propio entendimiento de esos adjetivos, situarse ante un

mundo que desconoce con términos con los que puede comprender algo que no ve.

El estudio de los países se hace desde la Geografía regional, es decir, entendiendo la diversidad dentro de la unidad que los límites fronterizos imponen al Estado moderno. Al contrario de lo que hace Schmieder, Terán parte de cada Estado nacional en su totalidad para, a continuación, desarrollar de forma independiente cada una de sus regiones fundamentales. En este caso prima también de manera generalizada la región natural sobre la región cultural como ámbito de análisis y, en esa medida, tienen un mayor peso específico la explicación y descripción de los elementos naturales que de los culturales.

«Este conjunto de paisajes geográficos y pueblos [México] fue unificado por la civilización hispánica. La actual República de Méjico es la heredera política de la estructura del antiguo virreinato de Nueva España, cuya capital, Méjico, fue metrópoli cultural del Nuevo Mundo.

Actualmente, Méjico es uno de los Estados de la América hispana dotado de mayor capacidad de futuro. Débilmente poblado aún, para una extensión superficial de 1.963.000 kilómetros cuadrados, cuatro veces aproximadamente la extensión de la Península Ibérica, su potencial económico dista mucho de haber entrado en pleno rendimiento. Méjico sigue siendo un país de rica minería, primer productor de plata, uno de los primeros productores de plomo, cobre y petróleo, a la vez que un país agrícola, productor de alimentos y materias primas, pero una evolución económica se inicia destinada a intensificar la explotación de sus recursos naturales y a completar su figura económica con la creación de una industria propia.» (TERAN, 1952, II, 251-252).

Quizá la presentación del país resulte un tanto idílica en el sentido de que todo parecen buenas perspectivas y que México va encaminado, de forma imparable, hacia un desarrollo económico de primera magnitud. Pero dejando aparte esa cuestión —con sus diferentes interpretaciones ideológicas—, no cabe duda de que el lector adquiere una primera imagen del país, que irá completando con la lectura sobre las distintas regiones y con la síntesis final que Terán hace del mismo. Así, México deja de ser un todo uniforme, convirtiéndose en un mosaico de regiones distintas y paisajes bien contrastados. La división regional de Terán no difiere demasiado de la que hace Schmieder —regiones áridas del Norte y Noroeste (altiplanicie septentrional, Sierra Madre Occidental y golfo de California), la meseta central de México, la llanura litoral del golfo de México y la Sierra Madre Oriental, El sur de México y el Yucatán—, pero tiene la ventaja de —como ya se ha señalado— situar todas estas regiones dentro de un contexto sociopolítico determinado y real, la república mexicana.

La división en países permite a Terán solucionar algunas cuestiones que en Schmieder quedaban mediatizadas por el carácter cultural que se introducía en la definición de los paisajes. En opinión de Terán, compartida por numerosos autores, México es parte del continente norteamericano y, ni siquiera formalmente, se debe confundir con América Cen-

tral. Este autor considera que América del Norte termina, morfológicamente, en la cordillera volcánica central de México, que cierra la meseta central por el Sur, límite más adecuado que el istmo de Tehuantepec —considerado por otros muchos autores como el punto de unión de América del Norte y Central—. Sin embargo, se debe reconocer que, desde un punto de vista cultural, se asocia más fácilmente a México con Centroamérica que con América del Norte.

La interpretación cultural del paisaje sugerida por Schmieder —si bien muy impregnada de connotaciones naturalistas a la hora de delimitar las áreas tanto en el mundo portugués como en el español— y la claramente naturalista de Manuel de Terán, indican los dos caminos por los que se mantuvo la Geografía regional clásica en su explicación del continente iberoamericano. Un continente del que destacan como principales características su naturaleza bravía y de difícil dominio, sus inmensos espacios vacíos, sus abundantes riquezas y la lucha de los pueblos —indígenas o foráneos— por conquistar su espíritu indomable. El resultado de todo ello es la creación de una serie de repúblicas independientes que, con el lastre, sin ninguna interpretación peyorativa del término, de su pasado, se enfrentan a la contradicción inmensa de sus riquezas naturales y su débil desarrollo económico. En general, una de las causas que con más frecuencia se menciona como origen del escaso desarrollo de muchos de estos países es el de la desproporción entre el número de habitantes y la superficie total de los mismos. Esta imagen va más allá de la interpretación de los estudios de Geografía regional y, a mediados de los años setenta, no eran pocos los gobiernos iberoamericanos que veían en esta cuestión el problema fundamental en la planificación de políticas económicas globales.

La interpretación hecha por la Geografía regional clásica de la historia y evolución reciente de las repúblicas iberoamericanas será, como se podrá comprobar más adelante, uno de los puntos de mira sobre el que caerán con mayor fuerza todas las inectivas de los geógrafos radicales. Sin embargo, antes de pasar a analizar el posterior desarrollo de la imagen de Iberoamérica en las concepciones radicales, conviene detenerse en otros manuales clásicos de Geografía de América, aunque el primero de ellos sólo muestra parte del continente iberoamericano.

El libro de Robert C. West y John P. Augelli, *Middle America. Its Lands and Peoples*, es probablemente uno de los más populares en las universidades norteamericanas —como manual de Geografía de Iberoamérica— y del que se han hecho numerosas ediciones desde su publicación en 1966. El planteamiento inicial de sus autores entronca perfectamente con la idea clásica de Geografía regional, pero haciendo descansar toda su interpretación

sobre los aspectos culturales e históricos de la Geografía. Dicen los autores:

«The interplay of physical environment and history, reinforced by isolation, has given to Middle America a myriad of culturally differentiated areas and landscapes. Only a vast, and perhaps impractical, number of detailed and narrowly focused studies could reveal the extent of this diversity. The culture-area classification of the outline which follows, emphasizes gross patterns, rather than detailed distinctions. Consequently, it should be considered only an approximation of the truth.» (WEST & AUGELLI, 1966, 12).

En primer lugar, conviene llamar la atención sobre que los autores mantienen los conceptos clásicos de áreas diferenciales y paisajes, sin renunciar a unos planteamientos que, ya en los años sesenta, habían sido puestos seriamente en entredicho. Otro aspecto importante es que se utiliza una clasificación en áreas culturales que, como se verá a continuación, ofrece una imagen de Centroamérica bastante diferente de la que ofrecían autores como Schmieder y Terán. Esta interpretación, fundamentalmente cultural e histórica, es para los autores la única vía posible que permitirá comprender la compleja mezcla de pueblos y culturas que caracterizan a América Central en la actualidad. Según opinan West y Augelli, el entendimiento del panorama cultural contemporáneo de tierras durante largo tiempo deshabitadas no se explica sin entender su pasado. En consecuencia, este manual dedica gran parte de sus páginas al estudio de los indígenas durante la época precolombina, a la colonización europea y a la Geografía humana de los siglos XIX y XX, mientras que los aspectos físicos del paisaje —o de las áreas diferenciales— tienen una importancia relativamente menor.

A continuación, dada la distinta regionalización que hacen los autores respecto a los manuales más clásicos, se recoge la división en áreas culturales tal y como viene en este manual:

I. The Euro-African Rimland

A. Central American Sector

1. Plantation Zone
2. Others

B. West Indian Sector

1. Hispanic Zone
 - a. Dominican Republic
 - b. Cuba
 - c. Puerto Rico
2. North European Zone
 - a. The Netherlands Antilles
 - b. British West Indies
 - c. French Culture Complex
 - (1). Primary
 - (a). Martinique and Guadeloupe
 - (2). Secondary
 - (a). Haití
 - (b). Dominica, Sta. Lucía, Granada

II. The Euro-Indian Mainland

A. Mesoamerican Sectors (Marked Indian Influence)

1. Southern Plateau of Mexico and Yucatan
2. Guatemala and Chiapas, western Honduras and western Nicaragua

B. Mestizo Sector (Moderate Indian Influence)

1. Honduras
2. El Salvador
3. Nicaragua
4. Panama
5. Central Mexico

C. European Sectors (Limited Indian Influence)

1. Costa Rica
2. Northern Mexico

Esta interpretación cultural del paisaje centroamericano se asienta en cuatro puntos fundamentales. En primer lugar, la diferenciación racial de las áreas culturales (negros frente a mestizos); en segundo lugar, las diferencias culturales (culturas precolombinas frente a formas no indígenas); a continuación, la interpretación de las áreas culturales como hábitats del hombre (costa frente a montaña) y, por último, la oposición de los sistemas tradicionales de explotación del suelo desde la llegada de los europeos (la plantación y la hacienda).

De todo lo expuesto hasta el momento, se deduce que la imagen que ofrecen West y Augelli de América Central se modifica sensiblemente respecto a otros autores, porque, a simple vista, el lector se encuentra con un mundo multirracial, y que por el simple hecho de serlo ha creado paisajes diferentes en toda la región. Rápidamente se identifica al negro con las plantaciones y las orillas del Caribe, al indio con las montañas y algunas zonas bajas muy concretas —que inducen a pensar en cultivos de subsistencia— y al blanco con las regiones más desarrolladas del área (Costa Rica y Norte de México). No quiere decirse con ello que en otros manuales de Geografía de la región no se expliquen los procesos habidos en las zonas de plantación o cómo el negro sustituye al indio como esclavo en esos mismos lugares, pero lo que en estos casos surge en el transcurso de la exposición, en el libro de West y Augelli es el punto de partida.

Tomando de nuevo a México como ejemplo, salta a la vista que las áreas diferenciales, de marcado carácter cultural, propuestas por estos autores no varían sensiblemente de las que, con un sesgo mucho más naturalista, consideraban Schmieder o Terán; pero mientras en el primer caso llama la atención el hecho de que, por ejemplo, el Norte mexicano sea el asentamiento mayoritario de la población blanca, en el segundo lo es el que sea la región más árida de la República. De la lectura de unos y otros autores se va a llegar a conclusiones parecidas, pero lo que aquí importa destacar es el cambio que se

produce en la imagen de una región a partir de la selección de los factores fundamentales que la delimitan. De esta manera, frente al desarrollo histórico que Schmieder hace de cada región natural de México, West y Augelli arrancan de la historia de México y América Central —desde las culturas precolombinas— para desarrollar el proceso de la economía colonial y, a partir de ahí, definir la situación actual mexicana y de áreas culturales.

Es claro que para los autores la Geografía y la Historia son inseparables y difícilmente se puede explicar una sin el auxilio de la otra. Se puede leer en este sentido:

«It is impossible to disassociate geography and history; the landscape is made up of their synthesis. Nature gives us the frame, but men, even in their most humble manifestations, are caught up in the currents of history. Almost always the present can be explained only by the past. It is by the integration of history into geography that one attains the very soul of a country.—Jean Sermet.» (WEST & AUGELLI, 1966, 61).

Un sistema diferente de análisis regional es el que proponen Brouillette y otros autores en el manual que, financiado por la UNESCO, se editó en 1975 con el título de *Geografía de América Latina. Métodos y temas monográficos*. En el prólogo de la obra, Brouillette y Vilá Valentí señalan que fundamentalmente es un libro para profesores y no para estudiantes, por lo que se seleccionan algunos temas sobre los que enseñar cómo se deben explicar distintas cuestiones sobre América.

«Lo que hemos intentado es, a través de unos hechos cuidadosamente escogidos, presentar algunos ejemplos de aspectos que podemos considerar como característicos y fundamentales dentro de los países latinoamericanos. Se trata de hechos seleccionados o significativos, tomados en su análisis como casos o ejemplos (case studies) de unos determinados fenómenos de interés geográfico.» (BROUILLETTE ET AL., 1975, XV).

Al tener el manual unos objetivos diferentes —proporcionar al profesor de Geografía del mundo unas herramientas y métodos de trabajo—, el libro que ahora se comenta no sería exactamente comparable a los anteriores como un manual más. Pero cumple, igualmente, con el objetivo aquí perseguido, la imagen de Iberoamérica. Parece inevitable señalar que, una vez más, Iberoamérica se divide entre el grupo —sin homogeneidad física, cultural, política o económica, como señala Vivó en la introducción— formado por México, América Central y Antillas y el de América del Sur, dividida en atlántica y andina. No se puede hablar de una regionalización del continente, salvo a escala supraestatal, pero no por ello deja de dar una conformación muy concreta de Iberoamérica.

Parece evidente que —en relación con todo lo comentado hasta ahora— México, América Central y las Antillas son difícilmente separables siempre que se habla de grandes unidades. Unos y otros tratan de explicar las diferencias, pero, al final, no resulta posible comprender el conjunto que une el

Norte con el Sur del continente sin hacer referencia a esta macrorregión como si de un todo se tratase —lo que incide en la imagen centroamericana que poco a poco se ha ido creando de México—. Aunque mayor interés tiene la regionalización que se hace de América del Sur. Organizar el continente sur en dos grandes regiones como la andina y la atlántica está favoreciendo, en la mente del lector, la idea de una América del Sur montañosa —la andina— frente a una llana —la atlántica—. Si bien esto no es exactamente cierto —dentro de los países incluidos en la América atlántica los paisajes son variados y con relieves muy distintos—, habida cuenta de la constante utilización de analogías y antinomias por parte de los geógrafos, la imagen tiene que formarse forzosamente por el simple hecho de que una de las grandes regiones se identifica exactamente con la inmensa cordillera que recorre la fachada pacífica del continente de Norte a Sur, dando a la otra su carácter de llanura.

Estas dos grandes regiones se dividen a su vez en otras menores, aunque en casi todos los casos con carácter supranacional. La América del Sur atlántica aparece formada por las Guayanas, Brasil y los países del Plata, mientras que en la andina se identifican dos grandes unidades, la primera formada por Venezuela y Colombia, y la segunda por Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Este tipo de regionalizaciones no dejan de ser dudosas y, desde un punto de vista histórico o cultural, no es fácil encajar en un mismo conjunto a países como Ecuador y Chile; o, quizá, separar a Venezuela del conjunto de las Guayanas. En cualquier caso, el hecho es que el estudio de América se presenta desde esta perspectiva y modifica la imagen que se ofrece en otros manuales.

La proyección de una imagen concreta se acentúa con el tratamiento temático y diferenciado que se da a los distintos capítulos. Los autores señalan al principio —como ya se ha visto— que se extraen en cada caso los aspectos característicos y fundamentales, con lo que no es excesivamente complejo identificar a esos países por los casos estudiados. América Central —siempre según el contenido de las materias— es un área caracterizada por las plantaciones (café y banano) y por los problemas derivados del Canal de Panamá, mientras que, en el extremo opuesto, los países del Plata lo son por las actividades ganaderas, la colonización de la selva y la importancia de Buenos Aires en la armazón urbana de la República Argentina.

La imagen —o por ser más precisos— las imágenes de Iberoamérica son muchas y muy distintas al intentar descubrirlas en los manuales de Geografía descriptiva del continente o del mundo. Sin embargo, todas ellas tienen en común que ofrecen una representación del espacio perfectamente asumible puesto que, como se ha indicado en algún momento anterior, son representaciones que tienen, gracias a

las analogías o a las antinomias, la cualidad de situar al lector ante unos conceptos perfectamente comprensibles. «Las inmensas llanuras», «las calles rectilíneas de casas blancas»... están siempre remitiendo a elementos conocidos con los que es posible comparar, sin que, en principio, sea imprescindible la visión directa del lugar estudiado.

Se puede decir como resumen —al margen del comentario final— que la mayor cualidad de los manuales clásicos fue su capacidad para «contar» cómo eran los lugares y de qué manera se fue creando el paisaje humanizado de Iberoamérica, integrando Geografía e Historia en su proceso formativo. Existía una imagen inteligible de Iberoamérica, aunque esto no quiera decir que la interpretación histórica de los hechos fuese la correcta, algo absolutamente subjetivo siempre que el comportamiento de los grupos sociales es analizado, lo que no modifica el resultado de su plasmación en un paisaje.

II. LOS MANUALES DE LA GEOGRAFIA RADICAL

El hacer un análisis de cómo surge la Geografía radical y cuáles son las principales críticas a la regional, queda fuera del cometido de este artículo y es de sobra conocido. Lo que aquí se pretende es ver de qué manera la influencia de los economistas marxistas y, en concreto, los que desarrollaron las teorías de la dependencia y la oposición entre el centro y la periferia o la cuestión desarrollo *versus* subdesarrollo, modificó los estudios de Geografía descriptiva y, en consecuencia, la imagen de Iberoamérica. Por lo tanto, igual que en el caso anterior, no se va a hacer una crítica de las teorías en las que la «nueva» imagen de Iberoamérica se basa, sino un intento por comprender esa imagen desde una perspectiva geográfica.

La primera cuestión que se plantean los geógrafos radicales a la hora de hacer un estudio del tipo de los que aquí se están viendo, es el de la localización económica de los países objeto de estudio. ¿Es Iberoamérica una región subdesarrollada y dependiente?. Una vez contestada afirmativamente la pregunta y, por lo tanto, situado el continente en una de las dos regiones del mundo, se puede proceder al estudio de esa macrorregión, y cuya división en regiones menores no tiene mucho sentido, pues, en una u otra forma, todo el conjunto está claramente afectado por las relaciones de dependencia que mantiene con los centros del poder mundial. Si los geógrafos clásicos definían un espacio por las relaciones de los elementos naturales entre sí y con el hombre, los radicales están más preocupados por

las relaciones económicas entre los países del centro y los de la periferia y, en consecuencia, de cómo el centro se apropia y organiza en su propio beneficio el espacio de los países periféricos. Con este punto de vista, es perfectamente lógico que, al menos en apariencia, la imagen de Iberoamérica o de cualquier otro continente subdesarrollado no cambie sustancialmente, sino que lo haga la explicación de los factores que han llevado a esa situación, manteniendo, eso sí, los elementos fundamentales del paisaje que, de manera más o menos brillante, nos describía la Geografía regional, aunque la interpretación de esas formas fuese errónea o maliciosamente ocultada.

Elegir qué manuales de Geografía de Iberoamérica utilizar para el estudio de la imagen de ese continente, desde un punto de vista radial, no resulta fácil, ya que se comienzan a utilizar obras de economistas o sociólogos y el manual de Geografía empieza a caer en desuso. Serán los trabajos de autores como André Gunder Frank, Samir Amin u Oswaldo Sunkel los que desempeñen el papel que hasta entonces le había correspondido a los manuales clásicos. Pero, como es evidente, no se trata de ver la imagen de Iberoamérica a través de disciplinas ajenas, sino a través de la propia Geografía, por más que sus inspiradores más directos sean los autores que se mencionan unas líneas más arriba o a algunos otros —caso de Myrdal o Furtado—.

Un libro de referencia obligada para todo autor de Geografías sobre los países subdesarrollados es el de Yves Lacoste, *Geografía del subdesarrollo*, que no es realmente un manual de Geografía del mundo entendido de una forma tradicional, pero que aspira a señalar una serie de contradicciones y claves para un mejor análisis de los países subdesarrollados.

Qué pretende ser ese libro viene adecuadamente explicado al comienzo del mismo y nada mejor que las palabras del propio Lacoste:

«Téngase en cuenta en primer lugar que el principal objeto de este libro es el intento de *construcción y explicación* de un mapa que representaría la extensión de la superficie del globo del conjunto (o conjuntos) formado por lo que se denomina «países subdesarrollados», si es cierto que esta expresión, que ha llegado a ser tan común, puede convertirse en algo distinto a un clisé y pasar a ser un instrumento que permita comprender mejor al mundo.

Para quien no sea geógrafo, a primera vista esta empresa geográfica y este proyecto cartográfico no dejarán de parecer a muchos bastante mediocres o incluso irrisorios.» (LACOSTE, 1980, 3ª ed., 13)³.

Las pautas que otros geógrafos siguieron a la hora de elaborar sus manuales habían sido marcadas, que duda cabe, por Lacoste y los autores antes

³ A la vista de los resultados obtenidos debe haber bastantes geógrafos que también consideren los resultados mediocres e irrisorios.

señalados. Los problemas agrarios empiezan a verse en relación con las estructuras del campo y la influencia de las multinacionales del sector, perdiendo importancia las condiciones del medio natural; las ciudades se caracterizarán por sus problemas de crecimiento explosivo y los fenómenos de un sector terciario de carácter marginal; la industrialización, en fin, será un proceso que los grupos más poderosos de las oligarquías nacionales no podrán controlar, sometidos al imperio de las transnacionales.

Todos estos procesos, como ya explicaron Gunder Frank o Sunkel para Iberoamérica, son generalizables y, salvo matices, presentan las mismas características en unos lugares y otros. Lo importante es explicar el desarrollo general de los procesos de dependencia y, por tanto, desaparecen las regiones en el sentido más clásico de áreas diferenciales, puesto que las peculiaridades de cada lugar podrán influir en cuanto al tipo de actividades allí desarrolladas, pero no en las estrategias globales de los grandes grupos multinacionales.

En 1973 y dirigido por Claude Collin Delavaud, se publicó un manual ya clásico en los estudios sobre el continente iberoamericano, *L'Amérique latine. Approche géographique général et régionale*. Se podría decir de él que es un manual a medio camino entre los estudios regionales tradicionales y los aires nuevos que se van imponiendo en la Geografía descriptiva —término probablemente inaceptable por los geógrafos radicales como definitorio de su nueva concepción de la Geografía del mundo—, procurando asumir lo mejor de ambas corrientes de pensamiento. Como anuncia su título, el libro se presenta como un estudio de Geografía general y regional de Iberoamérica, objetivo que cumple plenamente y que le permite ser aún hoy, y después de los muchos años transcurridos, uno de los más completos sobre aquel continente.

La Geografía general recoge a lo largo de nueve capítulos los aspectos que tradicionalmente se han considerado como fundamentales en este tipo de estudios, añadiendo otros que completan de forma bastante satisfactoria una primera imagen del continente. Desde el medio natural a la industria, el comercio y las ciudades, pocos temas quedan al margen.

El estudio del relieve y del clima se sintetizan en un análisis de los distintos tipos de medios naturales resultantes, con unas descripciones que permiten entender bastante bien como son esos paisajes. Referido a las regiones de clima alisio, se puede leer:

«Le type le plus représentatif de ce milieu se trouvera donc les versants des hautes chaînes littorales orientées du sud-ouest au nord-est dans l'hémisphère Sud et du nord-ouest au sud-est dans l'hémisphère Nord. C'est le cas de la Serra do Mar entre Santos et Vitoria au Brésil, de la Sierra Madre orientale méridionale au Mexique, ou bien des Sierra Maestra et Sierra orientale de Cuba et Saint Domingue et de la Grande Soufrière de la Guadeloupe dans les Caraïbes. Cependant, la forêt dense ombrophile est ici encore plus

fragile que celle des plaines équatoriales. Elle repose généralement, soit sur des escarpements de lignes de failles le plus souvent fort abrupts, soit sur des versants extrêmement raides de «pains de sucre» ou de «demi oranges» cristallines. Les pentes très fortes sont malgré tout colonisées par la végétation arborée qui s'enracine dans un sol rouge très profond d'argiles ferrallitiques de décomposition des roches cristallines. Mais que survienne un défrichement inconsidéré, l'entaille trop large d'une route de flanc ou encore l'établissement d'un lotissement ou d'un *favella*, les premières très grosses pluies, comme celle de Rio en 1964, provoqueront un engorgement des argiles qui pourra être suivi d'un glissement de toute la couverture végétale et du sol, mettant la roche à nu.

Aussi est-ce dans ces régions montagneuses et non encore aplanies para maints cycles d'érosion, ni consolidées en boucliers, que les systèmes d'érosion tropicaux humides peuvent le mieux développer leur action comme la desquamation des mornes cristallins de la Serra do Mar, ou encore la dissolution karstique créant paysages de chaos, de hums et de dolines coniques très creuses comme aux Organos de Cuba ou dans les «Grands Fonds» de la Guadeloupe.» (COLLIN DELAUAUD, 1973, 33-34).

Especial atención merecen los paisajes agrarios, con capítulos dedicados a las grandes y pequeñas explotaciones y a los procesos de las reformas agrarias. En ellos se combinan las descripciones de los paisajes rurales —en su evolución histórica—, con el análisis de las estructuras agrarias y sus relaciones, tanto internas como de dependencia exterior, sin olvidar los problemas que un medio natural como el americano ha puesto siempre a la colonización por el hombre.

Tras un breve recorrido histórico por la apropiación de la tierra y los sistemas agrarios desde la época precolombina, se comparan los distintos paisajes rurales en relación con los diferentes tipos de explotaciones característicos de América. Se pone de relieve la alternancia de morfologías agrarias muy contrastadas, siendo posible encontrar un parcelario irregular compuesto de pequeños campos o grandes parcelas regulares propias de las plantaciones.

«Au total, les villageois indigènes, mulâtres et originaires de l'Europe méditerranéenne ont indifféremment constitué des paysages ruraux très sensibles au milieu naturel et aux systèmes de culture. Les notions de champs et de quartier se précisent de plus en plus nettement quand on glisse de la zone tropicale au milieu tempéré, mais aussi quand on passe des secteurs d'autoconsommation à ceux de l'économie de marché. Dans le domaine de la grande exploitation, les secteurs d'*haciendas* ou *fazendas* traditionnelles font alterner des paysages de petites exploitations de faire-valoir indirect semblables à ceux des communautés, de grandes étendues de cultures plus ou moins régulières et des pâturages naturels généralement mal tenus. Les éléments caractéristiques sont, d'une part, les longs murs de pierres sèches qui protègent les cultures et séparent les pâturages et, d'autre part, la séparation de l'habitat en *casa-hacienda*, maison de maître aux nobles allures entourée des bâtiments d'exploitations et village-rue des huttes ou des maisons de briques crues des *peones*.» (COLLIN DELAUAUD, 1973, 75).

La pequeña explotación se integra en el sistema productivo por su dependencia de los mercados y de los cultivos de exportación, de los que participa por la necesidad del pequeño campesinado de completar unas rentas que el cultivo de subsistencia no proporciona. Pero esta necesidad introduce a los minifundistas en el complejo mundo de la agricultura capitalista —empleo de abonos y pesticidas, petición de créditos y la desventaja de la mecanización imposible de las pequeñas explotaciones—. El desarrollo de los capítulos de agricultura iberoamericana proporciona una completa imagen del mundo rural, tanto en los aspectos descriptivos, como se acaba de comprobar, como en el análisis más pormenorizado de las estructuras del campo y de las relaciones entre todos sus elementos. Es decir, que logra mantener una imagen geográfica del mundo rural iberoamericano —más completo incluso de lo que se hizo en etapas anteriores—, aunque la interpretación de los factores que producen esa imagen ha cambiado claramente de ideología.

La Geografía regional de la obra —que constituye la segunda parte— está organizada por países, si bien dentro de los mismos se respeta el esquema regional. Cuatro grandes regiones componen Iberoamérica según el esquema de Collin Delavaud y sus colaboradores en la realización del manual:

- I. América del Sur templada
 - A. Argentina
 - B. Uruguay
 - C. Chile
- II. América del Sur tropical
 - A. Bolivia
 - B. Perú
 - C. Ecuador
 - D. Colombia
 - E. Venezuela
- III. La fachada atlántica tropical
 - A. Paraguay
 - B. Brasil
 - C. Guayanas
- IV. América media
 - A. Antillas
 - B. América Central
 - C. México

Dentro de estas grandes regiones, el estudio se realiza por países, aunque en ellos también se conserva el carácter regional, combinado con temas generales que afectan al conjunto de cada uno de ellos. De la misma forma que en la parte general, los autores utilizan la descripción y el análisis de las estructuras económicas, ofreciendo una imagen en la línea de los manuales clásicos, de unidad dentro de la diversidad en cada territorio nacional, pero con una interpretación materialista de los hechos y su evolución histórica. Es posible, incluso, encon-

trar entre sus páginas algunos de los elementos narrativos que fueron desechados rápidamente por las corrientes geográficas más críticas con la Geografía regional clásica. El epígrafe dedicado a la ciudad de Río de Janeiro se titula «DE LA “VILLE MERVEILLEUSE” AU GRAND RIO», y comienza así:

«Avec ses «pains de sucre» au granite nu ou couverts de végétation tropicale, dominant les édifices modernes ou surplombant la mer, le panorama de Rio est sans aucun doute l'un des plus beaux du monde. C'est la «ville merveilleuse» comme l'exprime une célèbre chanson du carnaval (*cidade maravilhosa*). Cependant, le site naturel grandiose n'était pas particulièrement favorable au développement d'une grande ville.» (COLLIN DELAUAUD, 1973, 154-157).

A continuación, se explican las causas de su crecimiento y los desequilibrios que el mismo ha ido provocado en una ciudad con unas condiciones naturales poco favorables a un desarrollo tan espectacular como el que ha sufrido Río de Janeiro en las últimas décadas.

Sin necesidad de más ejemplos, se puede afirmar que a través de la lectura de este manual se puede obtener una imagen de Iberoamérica bastante precisa en todos sus elementos. Continente lleno de contrastes, en el que se suceden, sin solución de continuidad, las contradicciones propias de un mundo sin desarrollar a los niveles de los países occidentales, pero que no por ello deja de tener infinidad de paisajes diferentes capaces de ser representados —de nuevo recurriendo a las analogías y a las apreciaciones subjetivas de los autores— en la mente del lector, sin perder por esto el rigor que los autores exigen de una interpretación materialista de la historia. Pero es, precisamente, la falta de obediencia ciega a unas categorías de análisis lo que hace de esta obra un manual sin graves contradicciones internas entre la teoría y su aplicación, integrando perfectamente la descripción con el estudio profundo de las estructuras y los problemas que, para el continente, de ellas se derivan, tanto en sus relaciones internas como con el exterior.

De entre los posibles manuales organizados en función de las relaciones entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado, se ha elegido el de Ricardo Méndez y Fernando Molinero, *Espacios y sociedades. Introducción a la Geografía regional del mundo*, porque dentro de esta tendencia, pretende aún ser un libro de Geografía regional. Tras un amplio estudio previo sobre la historia de la Geografía del mundo y una explicación de las causas que justifican la división del planeta entre países desarrollados y países subdesarrollados, los autores analizan los cinco continentes en el marco de esa división inicial. Como resulta obvio, Iberoamérica —término que mantienen y justifican— es un continente del mundo subdesarrollado y en ese contexto se plantea su estudio geográfico —lo que ya proporciona una primera imagen del mismo—.

En primer lugar, destacan los autores las causas que permiten analizar los aspectos que le dan

homogeneidad a la región. Si la unidad cultural es la primera de ellas, no son menos importantes las estructuras socioeconómicas, «tanto en lo que respecta al hecho particular de las llamativas disparidades en la propiedad agraria, como por lo que se refiere al hecho más general de tratarse de sociedades sumidas en el subdesarrollo». Y continúan los autores:

«Respecto al primer punto, no cabe duda que la colonización ha introducido en Iberoamérica una polarización extrema de la propiedad agraria, que se ha convertido en un factor unificador de primera magnitud, a pesar de las distintas reformas agrarias puestas en marcha. En cuanto al subdesarrollo los afecta de una manera generalizada, aunque hayan aparecido focos de intenso dinamismo económico, como Buenos Aires, São Paulo, y, en general, todas las capitales nacionales (...) Unidad en el subdesarrollo, que es visible, además de en otros campos, en la profunda distorsión entre el crecimiento económico y el demográfico, si bien algunos países, como Argentina o Cuba, han logrado reducir éste a niveles similares a los de sociedades desarrolladas.» (MENDEZ Y MOLINERO, 1984, 353).

A diferencia de los economistas, que tienden a dar una visión más uniforme del espacio, o simplemente no tienen interés por él, Méndez y Molinero presentan también las diferencias existentes, no encubiertas, según afirman, por los rasgos de homogeneidad. En primer lugar, destacan las diferencias como consecuencia de los factores naturales del continente; de las tierras altas a las llanuras costeras, o de los climas tropicales a los fríos. De igual manera, el grado de ocupación y aprovechamiento del espacio juega un papel importante en la explicación de las diferencias. En definitiva, los mismos factores ya señalados por otros autores y que, con el paso del tiempo, se han mantenido casi intactos. Sin embargo, esos contrastes de poblamiento y ocupación, añaden los autores poco después,

«constituyen más un factor de homogeneidad que de diferenciación, pues los focos de intenso poblamiento, ya sean de origen colonial o indígena, suelen acompañarse en toda Iberoamérica de áreas semivacías, que sólo en fechas recientes han comenzado a ser ocupadas ante la presión demográfica creciente.» (MENDEZ Y MOLINERO, 1984, 354).

Una importante novedad que presenta la nueva interpretación de la historia de la ocupación de América por los conquistadores españoles y portugueses —y que explica su situación actual— es el planteamiento con el que la conquista se realizó. Iberoamérica nació para el mundo occidental como un espacio dependiente.

«(...) el espacio iberoamericano, debido al papel que se le ha asignado en la división internacional del trabajo, se ha configurado como un espacio dependiente, dominado, abocado al exterior y dirigido por intereses foráneos. Las metrópolis ibéricas lo concibieron ya así y, en su virtud, fueron ocupando exclusivamente aquellos territorios que podían aportar riquezas mineras o productos agrarios. Las franjas costeras, por lo tanto, y los enclaves mineros recibieron los mayores contingentes de población; áreas que aún hoy conservan elevadas densidades demográficas. Las infraes-

estructuras creadas se localizaron en estos espacios fundamentalmente, relegando otras regiones que actualmente aparecen semivacías. Al final del proceso colonizador, en consecuencia, sólo habían sido ocupados y puestos en explotación aquellos territorios que ofrecían productos agrarios o mineros fáciles de exportar, olvidando por completo la integración regional de los espacios y sociedades del vasto subcontinente, aspecto que constituiría el sueño de los independentistas más conspicuos del siglo XIX.

Pero este sueño no se realizaría, pues la dependencia del exterior se mantuvo a pesar de la Independencia y del importante crecimiento económico experimentado durante la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX hasta la fase desarrollista actual.» (MENENDEZ Y MOLINERO, 1984, 363).

La imagen de Iberoamérica cambia considerablemente con esta nueva interpretación. Los conquistadores que con cierto aire romántico contemplaba Terán, no eran otra cosa que saqueadores actuando según un perfecto plan preconcebido. El espacio vacío no era consecuencia de las carencias técnicas que imposibilitaban su conquista, sino de la falta de interés por parte de las metrópolis ibéricas.

Con lo dicho hasta ahora, parece que se ha ido configurando una imagen de Iberoamérica que poco o nada tiene que ver con la que ofrecían los geógrafos «clásicos». Iberoamérica se presenta como un continente pobre y con una ocupación diferencial del espacio, en función de los lugares productores de materias primas o productos agrícolas, y con unas infraestructuras que comunican esos centros de producción con los puertos de salida, hacia la Península Ibérica durante la colonización y hacia las grandes metrópolis mundiales en la actualidad. Sin embargo, es preciso seguir profundizando hasta completar la imagen.

El epígrafe sobre las condiciones naturales aparece matizado por su significación en el proceso de ocupación del territorio. Este se describe para explicar las causas que hicieron de determinados lugares centros mineros importantes o apreciadas áreas de plantación. La explicación se vuelve objetiva y han desaparecido las descripciones analógicas con sus adjetivos llenos de sugerencias, pero, a diferencia de lo ocurrido en décadas pasadas, la Geografía es ciencia y se debe mostrar «rigurosa» cuando describe y analiza.

En las páginas siguientes se observan aspectos tan importantes como la consolidación del subdesarrollo en un momento de expansión económica, pero frenado por un crecimiento demográfico explosivo; el fracaso de las reformas agrarias y la consolidación de unas estructuras destinadas a la exportación o el desarrollo de una industria dependiente del capital extranjero. El proceso económico de Iberoamérica hasta el momento actual provoca que las ciudades padezcan también las consecuencias.

«Los sectores centrales, como señalaba Milton Santos, son asiento de una actividad económica urbana que en nada difiere a la que caracteriza los CBD de las ciudades del mundo desarrollado. Así en São Paulo los barrios de la Catedral

y Cerqueira Cesar, en Río las avenidas de Río Branco y de Presidente Vargas, en Ciudad de México el paseo de la Reforma, en Buenos Aires las calles ortogonales de los alrededores de la plaza de Mayo... acogen en su suelo rascacielos elevados que albergan las sedes de las grandes empresas nacionales y extranjeras, de los bancos, de las agencias y de los organismos de la Administración. Los desplazamientos laborales masivos que esto provoca conllevan una penosa congestión urbana, potenciada por las insuficiencias infraestructurales. Frente a estas actividades de servicios cualificados, los pequeños servicios de reparaciones de todo tipo, el artesanado tradicional o moderno, el pequeño comercio ambulante y sedentario, los servicios personales, etc., se localizan en los barrios periféricos, en simbiosis con los edificios residenciales.

Finalmente una localización específica es la que corresponde a la gran industria, asentada a la vera de las vías de comunicación —ferrocarriles y carreteras—, con modernos edificios bien cuidados y vigilados, que desdice de las pobres construcciones chabolísticas de las inmediaciones.

Todo este entramado urbano, insuficientemente equipado, aparece con una ocupación laxa, salpicado de abundantes solares vacíos, pertenecientes, por lo general, a especuladores del suelo urbano.» (MENDEZ Y MOLINERO, 1984, 406).

Intentar completar la escasa imagen geográfica que, al comienzo, se había esbozado, resulta francamente difícil una vez reunida toda la información que los autores ofrecen del continente. La imagen, desde un punto de vista económico, puede quedar —con este nuevo método de análisis— mejor o peor formada, pero es indudable que la imagen geográfica de Iberoamérica se ha difuminado por completo. Interpretando el texto sobre las grandes ciudades, la única conclusión posible es que todas las mencionadas —que lo son a título de ejemplo generalizador— son iguales; algo, que si bien puede ser cierto en términos económicos —y eso es algo que se podría discutir—, es de todo punto inaceptable desde un punto de vista geográfico. En un momento se echan por la borda varios siglos de la historia de cada una de ellas, las circunstancias en que se construyeron, sus estilos arquitectónicos y, en resumen, la personalidad característica que las ha hecho únicas.

III. LOS NUEVOS MANUALES

En una situación como la presente, en la que los manuales han dejado de interesar o, en cualquier caso, no se hacen, los *readers*, o conjuntos de ensayos que tratan el mismo espacio o un tema común sobre diferentes espacios, cubren la laguna que empieza a producirse por la obsolescencia de los manuales existentes y la falta de otros nuevos. En ese sentido se debe considerar la inclusión de un libro como el que a continuación se analiza, en la misma idea de buscar la imagen que en los últimos años se está proyectando de Iberoamérica.

Latin American development. Geographical perspectives, editado por David Preston, no es

exactamente un manual, es un conjunto de ensayos sobre Iberoamérica realizado por distintos autores. Tiene el inconveniente, para el propósito del artículo, de carecer de la estructura general de los manuales, pero la enorme ventaja de reunir a distintos autores trabajando sobre el mismo continente, con lo que es posible establecer comparaciones, aunque los aspectos a tratar sean diferentes. Conviene señalar que el libro tiene tres capítulos que examinan, con una perspectiva histórica, la experiencia colonial, los modelos de industrialización hasta 1940 y la agricultura precolombina. Los restantes capítulos se dedican a cuestiones actuales y se refieren a la situación industrial, al desarrollo regional, al crecimiento urbano, a los cambios en la agricultura y la relación entre la movilidad de la población y la creación de nuevos paisajes.

En relación con lo dicho al comienzo del epígrafe, es claro que este libro viene a llenar un hueco dejado por los manuales. En este sentido, se podría definir como un manual de Geografía general de Iberoamérica, si bien es cierto que faltaría el capítulo correspondiente al medio natural y que no se ha construido con esa intención, por lo que las críticas en ese sentido carecerían de toda lógica. Pero sí es posible, pues se trata de un conjunto de trabajos geográficos, intentar ver la imagen que desde sus páginas se ofrece del continente iberoamericano.

Es fácil considerar este libro como un conjunto de ensayos de Geografía económica y que lo que se recoge en dichos ensayos apunta más en este sentido. En cualquier caso, el contenido de los trabajos responderá al título general —geographical perspectives—, y será materia objeto de la Geografía. Vuelve a aparecer una imagen más económica que geográfica, sin que por ello deje de ofrecer cierta visión geográfica de algunas cuestiones que, forzadamente, por el planteamiento de la obra, reflejarán lugares y momentos muy concretos. Por su propia visión de lo espacial, los capítulos que tratan el pasado del paisaje, precolombino o colonial, se acercan con mayor fidelidad a ofrecer una visión geográfica de los lugares. Tal es el caso del capítulo de Richard Smith sobre la agricultura indígena en América, que es una buena muestra de Geografía histórica, capaz de transmitir la imagen de los paisajes rurales precolombinos, aunque sin demasiadas concesiones a la literatura.

«The most celebrated form of raised field was and is, the chinampa, built on the margins of lakes and into lagoons. It was constructed by placing layers of reeds and mud while trees were often grown along the margins; it thus constituted a raised but flat planting surface or platform. Parsons (1976) describes the vital contribution of these intensive horticultural beds for sustaining the tribute requirements of the Aztec capital, Tenochtitlán, now the centre of modern Mexico City. The latter lay in brackish lake Texcoco while to the north and south in fresh water at higher levels, chinampas were developed, particularly in the Xochimilco-Chalco lake bed where it is estimated they once covered up to some 9,500 ha

(23,475 acres). A considerable expansion occurred in the period 1426-1467, mostly to provide maize. Here, chinampas were of vital importance owing to the aridity of the climate and the vulnerability of rain-fed farming.» (PRESTON, 1987, 56-57).

En algún otro caso es posible encontrar descripciones, casi exclusivamente asociadas con el tema de la ciudad y, muy especialmente, con la vivienda marginal. Sin embargo, los problemas relacionados con las políticas de vivienda, el planeamiento de polos de desarrollo y la marcha de la economía iberoamericana en general, preocupan especialmente, no teniendo cabida un mayor detenimiento en la descripción de cómo los fenómenos se interrelacionan sobre un espacio concreto, si es que ése sigue siendo el objetivo fundamental de la Geografía.

IV. LOS MANUALES IBEROAMERICANOS

No se puede decir que en el campo de los manuales de Geografía de ese continente los autores iberoamericanos se hayan prodigado mucho. Cuestión distinta es la de los manuales de países o de áreas concretas —como los de Pedro Cunill—, pero, en general, los manuales más utilizados han sido europeos o norteamericanos y rara vez de aquellas latitudes. Ello no quiere decir que no haya habido algunos, incluso muy populares en determinados países.

El manual de autor iberoamericano que más tradición tiene es, casi con seguridad, el del geógrafo mexicano Jorge L. Tamayo titulado *Geografía de América*. Y no deja de ser curioso, porque este manual es, prácticamente, una réplica del manual de Schmieder. O por decirlo de otra forma, es el manual de Schmieder con algunas modificaciones. Cualquier comentario que se pueda hacer ya se ha hecho para el del autor alemán, y sólo queda comentar las novedades que en cuanto a paisajes introduce Tamayo.

En lo que se refiere a América del Norte y del Sur, Tamayo coincide plenamente con Schmieder y mantiene intacta la división paisajística. De hecho, el manual del mexicano es una reedición del libro de Schmieder. Los cambios introducidos por Tamayo se refieren todos a América Central —entendida aquí también como la formada por México, Antillas y América Central propiamente dicha—. El autor no está de acuerdo con la división paisajística de Schmieder, bastante más elemental, e introduce un número considerable de nuevas unidades tanto para México como para América Central. El paisaje mexicano se hace más complejo en el manual de Tamayo y eso le hace ganar en riqueza, pues muchas unidades, tratadas en conjunto por Schmieder, se individualizan en la obra de Tamayo. En ellas, sin embargo, Tamayo mantiene el mismo esquema de Schmieder, aplicando, en definitiva, el concepto de

paisaje de Carl O. Sauer. La mayor minuciosidad con que Tamayo trata los paisajes de México y América Central hizo que para los estudiantes de los países del área tuviera más interés que la obra de Schmieder.

Aunque, como se ha indicado en páginas anteriores, en los últimos años apenas se han publicado manuales sobre Iberoamérica, en 1987, después de muchos años de utilización de trabajos como el de Tamayo, apareció un manual, *Economía y geografía del desarrollo en América Latina*, obra de tres geógrafos chilenos, García, Cordero e Izquierdo. La necesidad de un libro de este tipo la justifican los autores con las siguientes palabras:

«Desde nuestros años de estudios universitarios nos sorprendía el hecho de tener que leer uno y otro libro de «enseñanza» geográfica inserto en un modo de pensar clásico, descriptivo, poco analítico y distorsionador. Además de que alrededor del 95% de dichos libros habían sido escritos por «cientistas» de curiosas escuelas de pensamiento que en su mayor parte han sostenido la causa del desarrollo capitalista a través de una porfiada realidad histórica que nos habla de su fracaso e imposibilidad para lograr un desarrollo con justicia.» (GARCÍA ET AL., 1987, 7).

De nuevo es la crítica a la Geografía descriptiva tradicional y la necesidad de ofrecer otra imagen de la realidad iberoamericana lo que impulsa la realización de un manual. Es evidente que la nueva imagen de Iberoamérica va a estar muy próxima de los planteamientos radicales y que, en consecuencia, habrá un rechazo sistemático a las descripciones de lugares si éstas no tienen relación con los objetivos básicos del libro. La organización del temario viene explicada por los autores:

«Por motivos pedagógicos hemos distinguido tres partes en el presente estudio: a) «Población, urbanización y distribución del ingreso» intenta dar una noción de la base y fundamento de toda sociedad: sus habitantes, junto con el proceso dinámico a que se ven sometidos en sus relaciones sociales de producción; b) «aspectos físicos y recursos naturales» se centra en una presentación sistemática de los elementos geomorfológicos, hidrológicos y climáticos de América Latina junto con los recursos naturales agropecuarios y minerales orientados hacia la exportación, y c) «Análisis sectoriales y procesos económicos» intenta establecer los aspectos fundamentales de orientación, estrategia y base de la producción: industria manufacturera, agricultura, comercio exterior, integración, transporte y planificación. A todo ello se agrega el estudio de algunos casos nacionales, que de ningún modo son casos «modelo» para caracterizar posteriormente al continente, sino más bien desempeñar un papel pedagógico tendente a la profundización de un caso particular.» (GARCÍA ET AL. 1987, 7-8).

A la vista de la declaración de intenciones hecha por los autores, cabe pensar que fundamentalmente el libro es un tratado de economía de Iberoamérica, con algunos temas dedicados a la Geografía física del continente. La naturaleza es, en palabras de los autores, tan importante como los recursos humanos,

«(...) ya que ahí el hombre, la sociedad habita; ahí el hombre se enfrenta al medio y con sus

herramientas saca los frutos de la tierra, sean ellos alimentos, minerales o energía.

Para poder hacer un uso racional de la naturaleza, la sociedad debe saber con qué recursos cuenta, cuáles recursos son finitos y cuáles pueden utilizarse en forma indiscriminada. Por otro lado, es conveniente que se tenga una noción exacta de los diversos mecanismos que están interactuando en la naturaleza.» (GARCIA ET AL., 1987, 189).

De la lectura del texto se desprende que esto es así exactamente, pero conviene aclarar que, lejos de hacer un estudio del medio físico diferente a como se había estado haciendo, utilizan los sistemas más tradicionales y superados de análisis del medio natural. La capacidad de descripción e integración de los elementos naturales que, por ejemplo, tiene el manual de Collin Delavaud, desaparece por completo en este trabajo. El medio físico se resuelve mediante la descripción ordenada de sus elementos (relieve y formación geológica, suelos, costas y mares, flora y fauna, hidrografía y climas), sin aportar realmente nada nuevo o de interés a la explicación del medio natural iberoamericano. De esta forma, por poner un ejemplo, se resuelve el relieve del Caribe:

«El Caribe muestra una gran variedad. El archipiélago de las Bahamas está compuesto principalmente de corales; las grandes Antillas continúan la estructura este-oeste que caracteriza la parte continental norte del área, mientras que las Antillas menores forman un área que continúa la línea de volcanes provenientes de los Andes. Trinidad y Tobago y Barbados parecen no estar conectadas estructuralmente con este sector, pero sí con las montañas que proceden del norte de Venezuela y que se unen a los Andes.» (GARCIA ET AL., 1987, 194).

En estas circunstancias, resulta difícil hablar de un manual de Geografía de Iberoamérica, que no aporta otra cosa a la disciplina que unos elementos naturales ya tratados por otros autores en su total complejidad e interacción.

Pensar que, en resumen, este nuevo manual va a superar, desde una perspectiva geográfica, la imagen más clásica de Iberoamérica resulta, cuando menos, complicado, porque se está sustituyendo una imagen mental ya formada por algo que no tiene, estrictamente, ningún carácter geográfico. No es

tanto el problema el manual en sí mismo considerado —nada se va a decir de su capacidad de análisis de la economía iberoamericana—, sino la utilización que del concepto de Geografía se hace para explicar cuestiones que se salen del ámbito puramente geográfico.

CONCLUSION

No ha sido el objeto de este artículo la defensa a ultranza de la Geografía descriptiva del mundo —en su acepción más clásica— frente a las nuevas interpretaciones realizadas por los geógrafos radicales. Pero es un hecho incuestionable que la Geografía descriptiva, inspirada en la Geografía regional, supo dar en determinados momentos y de la mano de algunos de sus mejores representantes una imagen comprensible del continente iberoamericano que, al menos, permitía tener una noción clara de las distintas regiones, así como del continente en su conjunto.

Si la interpretación histórica de los factores en interrelación y sus formas resultantes no era correcta debía, sin duda, modificarse. Lo que ya no resulta justificable es que, utilizando la palabra Geografía, se haya ofrecido una imagen, si es que la hay, que nada tiene que ver con los objetivos de una disciplina —llámese ciencia si se prefiere— que, en su formulación más elemental, pero perfectamente vigente, trata de estudiar la superficie de la tierra, enfatizando las diferencias regionales y la interrelación de sus elementos. Desde esta definición de la Geografía se ha enfocado el análisis de los manuales de Geografía de Iberoamérica. Que ello es posible viene avalado por el empuje de los nuevos estudios que en el campo de la Geografía regional se están desarrollando, fundamentalmente, en los países anglosajones, si bien con el adjetivo —que marca las diferencias con décadas pasadas— de «reconstituida». Con todos los cambios que sean precisos, parece incuestionable que el estudio regional del mundo sigue siendo una necesidad y una obligación de los geógrafos.

BIBLIOGRAFIA

- BROUILLETTE, B. et al.: *Geografía de América Latina. Métodos y temas monográficos*, Barcelona, Teide, 1975, 462.
- COLLIN DELAUAUD, Cl. (dir.): *L'Amérique latine. Approche géographique générale et régionale*, París, Bordas, 1973, 2 vols., 295-443.
- GARCIA, R. et al.: *Economía y geografía del desarrollo en América Latina*, México DF, FCE 1987, 587.
- HORST, O.H.: «Enhancing the Utility of Traditional Instructional Materials». En WILLIAMS, M. (ed.): *Geography and the Integrated Curriculum: a Reader*, Londres, Heinemann, 1976, 25-34.
- LACOSTE, Y.: *Geografía del subdesarrollo*, Barcelona, Ariel, 1980 (3ª ed.), 336.
- MENDEZ, R. y MOLINERO, F.: *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo*, Barcelona, Ariel, 1984, 629.
- PRESTON, D. (ed.): *Latin American Development. Geographical Perspectives*, Essex, Longman, 1987, 262.
- TAMAYO, J. L.: *Geografía de América*, México DF, FCE, 1959 (2ª ed.), 417.
- TERAN, M.: *Imago Mundi*, Madrid, Atlas, 1952, 2 vols., 545-477.
- SCHMIEDER, O.: *Geografía de América*, México, FCE, 1946, 1.116.
- WEST, R. C. & AUGELLI, J. P.: *Middle America. Its Lands and Peoples*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1966, 482.